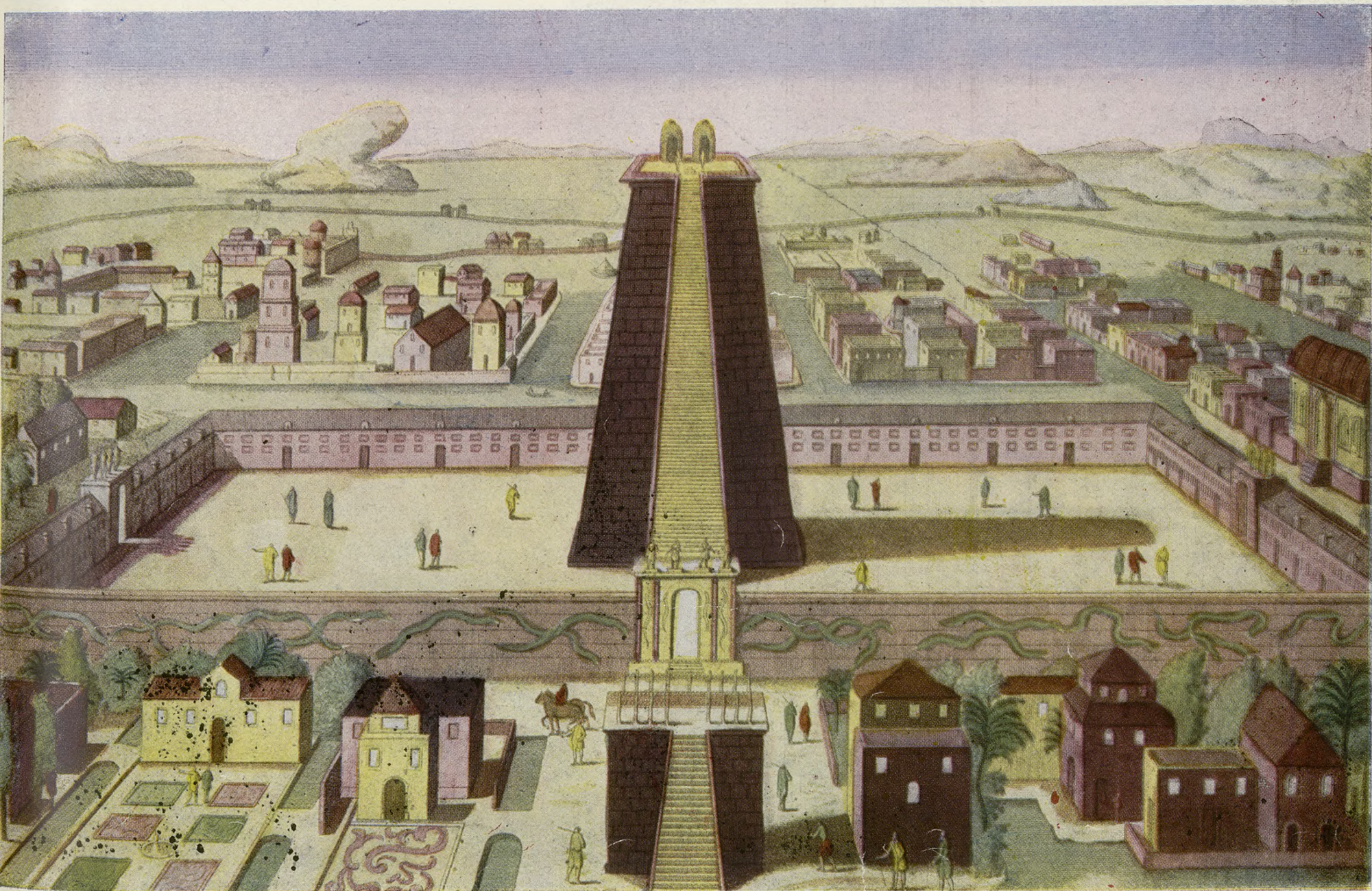


Lo natural es que todos amemos a nuestra Patria y la soñemos bella y grande, única e incomparable. Muchas veces, este amor puede llevarnos a la hipérbole y a la supervaloración. Pero en lo que a México se refiere, no hay temor ninguno de que nadie pueda acusarnos de deslizo interesado o exageración patriótica. Basta con describir sencilla y puntualmente sus características y dejar

Arriba: Visión panorámica del México moderno con sus grandes palacios y avenidas, siluetados por las viejas torres de la época colonial.—Abajo: Gran templo de los aztecas con el altar de los sacrificios, según un grabado antiguo.





que se reflejen en el espejo de la realidad, sin adornos ni mixtificaciones, para que inmediatamente surja la idea de que hay pocos países en el mundo que ofrezcan tan extraordinarios y fascinantes contrastes, tan fuertes colores típicos, históricos y pintorescos, y tan inolvidables y diferentes sensaciones de belleza.

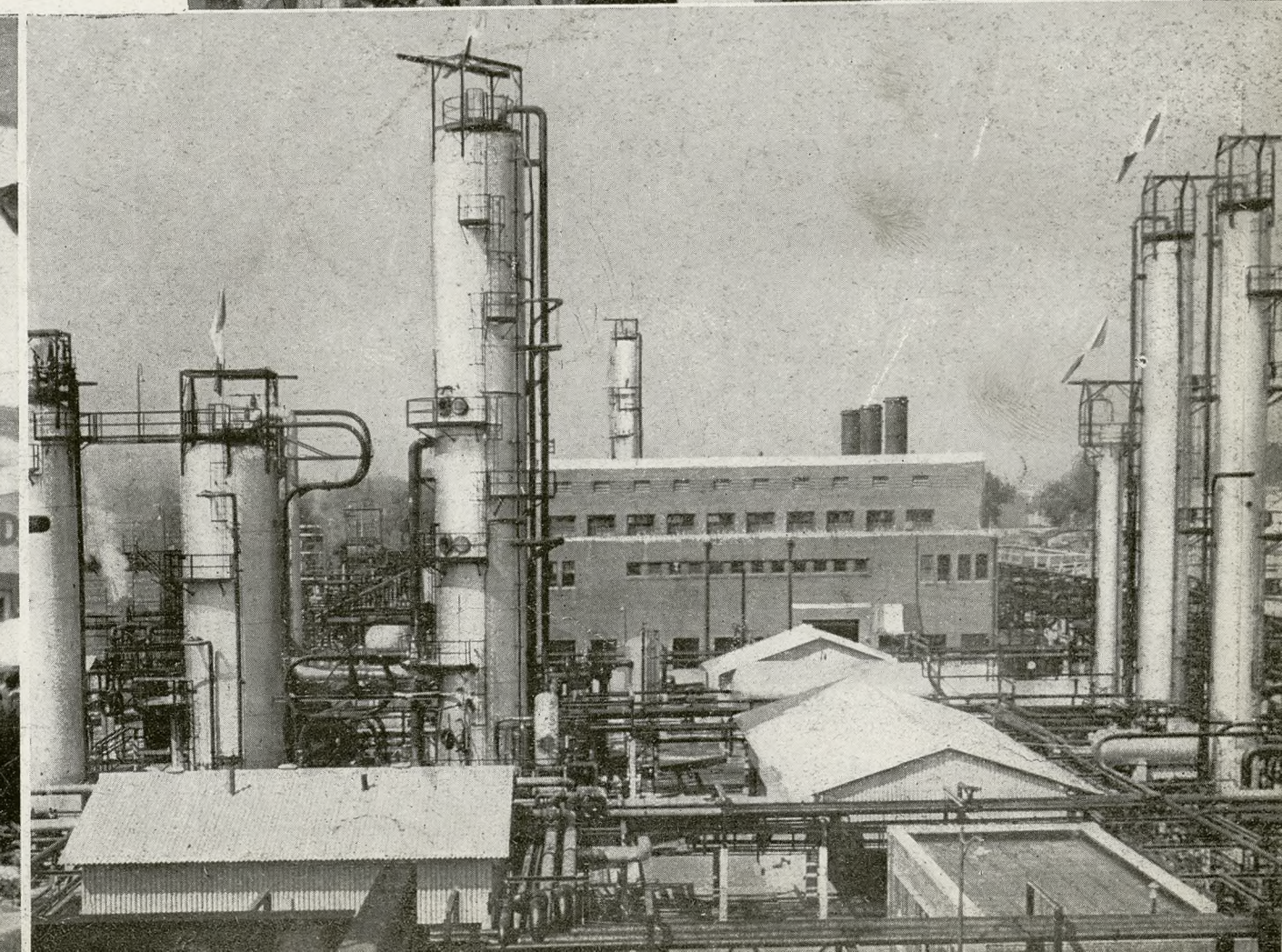
Sólo así, por estas circunstancias, podría explicarse y comprenderse el auge turístico que cobra México de año en año y los cientos de miles de visitantes extranjeros que entran en el país por todos sus fáciles y propicios medios de comunicación.

En México se reúne todo, como si fuera un muestrario del mundo. Debido a la variedad geológica, en sus tierras abundan las vegetaciones tanto de países fríos como tropicales. Algo semejante ocurre con la variedad de sus monumentos arqueológicos, que van desde las ciclópeas construcciones de los aztecas aborígenes a los modernos rascacielos de cemento, pasando por las bellas construcciones barrocas de la época colonial. Ya Cortés, el conquistador, dijo en su lejano siglo XVI que era "la más hermosa cosa". De entonces acá ha ganado en contrastes y atractivos. Dentro de su territorio se pueden encontrar, como en un itinerario que se hubiera vuelto loco, las bellezas serenas y milenarias del antiguo Egipto y la legendaria India, con sus pirámides y monumentos precortesianos de Teotihuacán, Tenayuca y Chichen-Itzá; los paisajes esplendorosos de las montañas suizas, al lado incluso de la capital, en los bosques y los riscos nevados de Toluca; el encanto profundo de las viejas ciudades españolas, con sus catedrales y sus viejos palacios de anchos aleros; la fuerte emoción de la Selva Negra, que se descubre en trozos del camino de México a Morelia; las dulzuras de Italia, que asoman en muchos perfiles de la arquitectura colonial, y aun las de Venecia, que se pueden evocar en las "lunads" de Xochimilco, junto a la misma ciudad de México otra vez, donde el recuerdo y la

Una muestra de nueva y original arquitectura mexicana, en el Paseo de la Reforma.

Abajo, a la izquierda: Los pintorescos arrabales de la ciudad de México ofrecen múltiples motivos de inspiración a los artistas.

Un típico mercado al aire libre y ferias populares de la ciudad de México.



Vista de la catedral de Taxco, magnífica y bella obra levantada por los españoles.

Abajo, a la derecha: Esta gran refinería de petróleo, instalada en Azcapotzalco, refleja el auge industrial del país.

ilusión surgen en las aguas de sus canales, entre "chinampas" y embarcaciones con músicos, vendedores de flores y amorosos idilios; el pintoresquismo de los Balcanes y los países orientales, que nos sale al paso en costumbres, colores ardientes, canciones; la graciosa geometría jardinera de Versalles, en los jardines Borda, de Cuernavaca, únicos en todo el Continente americano; sus bellos y legendarios puertos de Campeche, refugio antaño de piratas; Veracruz, puerta de oro por donde entró Cortés; Acapulco, el de la Nao de China; Mazatlán, Río de Janeiro mexicano...

Dentro de la misma ciudad de México se da frecuentemente esta curiosa película de la variedad y el contraste. México tiene, como toda gran ciudad cosmopolita, pero quizá más fuertemente marcados, sus espejismos de ciudades lejanas, sus rincones que recuerdan constantemente a todas las grandes capitales del mundo y que en una avenida son como exactos trozos de Nueva York, y en otra como de París y Madrid, o Londres y Pekín y Bruselas. Recuerdos tan fuertes, perfiles tan idénticos, que bastaría con fotografiarlos para hacerlos pasar por postales de cualquiera de esas ciudades, experimento que alguna vez se ha realizado.

Junto a ellos se mezclan también los grandes contrastes. El panorama cinematográfico de la gran avenida de rascacielos, con la litografía de los edificios coloniales. La antigua catedral junto al inmenso edificio de oficinas. El jinete que aún pasa a caballo, vestido de charro, al lado de los modernos automóviles o bajo los grandes aviones de las líneas de viajeros. El torero jugando a la muerte en la plaza más grande del mundo... Una asombrosa fusión de civilizaciones, un entrecruce de mapas y rutas universales, que aquí rehaga el concepto normal de lo antiguo y lo moderno, puesto que en tan extraordinarios panoramas se mezclan los siglos precortesianos con el XVI y el XX. Así es México.

